

Guy de Maupassant

La mujer de Paul, Cuentos galantes

Selección y traducción de Esther Benítez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© de la selección y traducción: Herederos de Esther Benítez Eiroa
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-037-6
Depósito legal: M. 19.266-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota del editor
- 15 La casa Tellier
- 54 La mujer de Paul
- 80 Un día de campo
- 97 Una aventura parisiense
- 107 Marroca
- 120 Una pasión
- 131 La herrumbre
- 141 Un ardid
- 150 El testamento
- 157 Mi mujer
- 167 Truco
- 175 Yveline Samoris
- 181 El sustituto
- 187 Los zuecos
- 195 Las joyas
- 205 De viaje
- 214 El amigo Patience
- 222 Junto al lecho
- 232 ¡Condecorado!
- 240 Un sabio
- 250 Rose
- 259 Encuentro

271	La dicha
280	Las hermanas Rondoli
322	El crimen del tío Bonifacio
330	La confesión
339	El cuarto 11
349	La desconocida
358	El método de Roger*
364	El soldadito
374	La horquilla
383	La confidencia
391	Imprudencia
400	Salvada
408	La seña
417	En el bosque
424	La baronesa
431	Los alfileres
438	Hautot padre e hijo
456	La cita
466	El puerto
478	Alexandre
486	<i>Mosca</i> . Recuerdos de un remero
500	Las tumbales

Nota del editor

Esta nueva edición de los cuentos de Guy de Maupassant seleccionados en su día por la traductora Esther Benítez en la década de 1980 reagrupa, sin poder contar con ella (lamentablemente nos abandonó en 2001), los volúmenes primitivamente publicados en la colección El libro de bolsillo de Alianza Editorial, proponiendo una nueva ordenación que esperamos hubiera contado con su beneplácito¹.

1. Estos volúmenes son, por orden de publicación: *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra* (1979; reed. 2004), *El Horla y otros cuentos fantásticos* (1979; reed. 2001), *La vendetta y otros cuentos de horror* (1979; reed. 2002), *Mi tío Jules y otros seres marginales* (1980; reed. 2005), *Un día de campo y otros cuentos galantes* (1981; reed. 2007) y *La casa Tellier y otros cuentos eróticos* (1982; reed. 2005). Las referencias de página que figuran en las notas siguientes remiten a las respectivas reediciones.

Así, su selección –basada tanto en el criterio² como en el gusto personal en el caso de varias versiones de un mismo cuento³– viene a publicarse ahora en tres volúmenes según las que, a juicio de la propia Esther Benítez, «son las tres líneas maestras de la narración en Maupassant: la guerra, la vida galante, el horror»⁴.

De este modo, ha parecido plausible reunir, en primer lugar, bajo el título *El Horla: Cuentos fantásticos y de horror*, los volúmenes *El Horla y otros cuentos fantásticos* y *La vendetta y otros cuentos de horror*, en los que se agruparon aquellos relatos que se podría decir que provocan una desazón en el lector. «¿Cómo deslindar lo fantástico del horror?», se preguntaba ya entonces la traductora⁵. Y si a *El Horla* fueron a parar en su día aquellos cuentos en que «prima el factor locura, lo irracional, el miedo, la neurosis y la obsesión de la soledad»⁶, en *La vendetta* prevalecieron aquellos en que «domina el factor crimen, bien contra sí mismo: suicidio, bien contra los demás: asesinato»⁷.

2. «En una década –de 1880 a 1890– [Maupassant] publicará más de trescientos cuentos. [...] Entre tan abundante producción, el material, como es lógico, es bueno y menos bueno [...] no todo Maupassant es excelente», *Mademoiselle Fifi...*, cit., pp. 7-8.

3. «Urgido por la necesidad de entregar un original para que lo devoren las prensas, Maupassant retoma más de una vez un viejo texto, lo reelabora mínimamente y lo da para su publicación», narrando prácticamente la misma historia en versiones ligeramente distintas. «En tales casos, me he quedado con aquel cuento al que mis preferencias personales me inclinaban, el que me parecía más logrado desde el punto de vista estilístico y narrativo» (ibídem, p. 8).

4. Ibídem, p. 9.

5. *La vendetta...*, cit., p. 8.

6. Ibídem, p. 9.

7. Ibídem.

Pero en todos ellos, en suma, se toca en último término un incidente de carácter extraordinario por inexplicable o anómalo, por arrebatado o por atroz, todo lo cual justifica el nuevo volumen.

El volumen *Bola de Sebo: Cuentos de guerra y de otros desastres* reúne, por su parte, los relatos de *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra* junto con los de *Mi tío Jules y otros seres marginales*. Si bien es verdad que en el primero de los libros mencionados era la guerra «el tema de todos los relatos, sea la guerra del 70 o la guerra colonial»⁸, no lo es menos que en su prólogo al segundo la propia Esther Benítez expresaba que en los allí recogidos «el pesimismo maupassantiano bosqueja un cuadro en el cual la paz asemeja una guerra larvada. Guerra de una sociedad acomodada y biempensante contra los seres más desvalidos y débiles»⁹. Vienen a juntarse finalmente así los damnificados por los conflictos armados con otros personajes que son como «restos de un naufragio; los temporales que han arrojado a las playas de la infelicidad tantas ruinas humanas resultan muy diversos: la ambición, la pobreza, la invalidez»¹⁰.

Finalmente, en *La mujer de Paul: Cuentos galantes* se han reunido los cuentos antes repartidos entre *Un día de campo y otros cuentos galantes* y *La casa Tellier y otros cuentos eróticos*, que tienen como común denominador

8. *Mademoiselle Fifi...*, cit., p. 10. Se refiere a la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que terminó con la derrota francesa y la pérdida de las regiones de Alsacia y Lorena, y a otros conflictos en el escenario de África.

9. *Mi tío Jules...*, cit., pp. 7-8.

10. *Ibidem*, p. 7.

aquello que la cultura humana ha dado en etiquetar como «amor». En el caso de Maupassant, claro está, este «amor» está «al margen de las reglas en la mayoría de los casos»¹¹ y gira en torno al sexo o la aventura, ya tenga como escenario París y sus alrededores (con sus excursiones, sus remeros y sus establecimientos junto al río que tan bien retrataron los pintores impresionistas), o bien el ámbito provincial y rural. En los relatos aquí reunidos no es el escenario el que determina, sino la naturaleza humana, pues, como indicaba asimismo la traductora, es curioso y aleccionador apreciar la diferencia de perspectiva entre uno y otro mundos: «en el campesino hay una amoralidad natural que la sociedad, con sus convenciones, aspira a embotar o borrar. Si comparamos, por ejemplo, “Los zuecos” con “La seña”, vemos cómo a la buena de Adélaïde no le quita el sueño acostarse repetidamente con su amo mientras que a la baronesa de la Grangerie la pone al borde de la histeria una relación sexual de una sola ocasión. Y al padre de la moza tampoco le preocupa lo ocurrido: le irrita la inconsciencia de su hija, que se acuesta con el amo al igual que le hace el café o le limpia la casa»¹².

En cuanto a la ordenación de los relatos para esta nueva edición, se ha seguido la pauta que marcó la preparadora en su momento: cronológico según su fecha primera de publicación –que, con alguna excepción, suele abarcar el periodo que va de 1880 a 1890–, y, en cuanto a la elección del texto original, sigue en lo posible «la

11. *Un día de campo...*, cit., p. 8.

12. *La casa Tellier...*, cit., p. 9.

magnífica edición de Louis Forestier en La Pléiade»¹³ y, cuando no lo fue por razones de temporalidad –un desfase entre la edición de su traducción y la de Forestier no le permitió hacerlo en todos los casos–, la de Albert-Marie Schmidt¹⁴.

Esta nota quedaría incompleta si no recogiera asimismo las palabras con que Benítez cerraba el prólogo al primero de los volúmenes publicados: «Por último, unas breves palabras sobre la traducción. Antes de poner manos a la obra examiné, como es natural, las anteriores. Nada me parece más inútil que repetir un esfuerzo que otro ha realizado ya con resultados satisfactorios. Mas por desgracia –o por fortuna para mí, pues me ha proporcionado el placer de traducir a Maupassant– la traducción más completa de las existentes resultaba insuficiente¹⁵: el criterio imperante parecía ser el del “embellecimiento” del texto, omitiendo las abundantes repeticiones de palabras, peinando el estilo cuando éste le parecía desgreñado, solucionando los problemas por el sencillo método de eliminar las frases en los que se planteaban, y prescindiendo de algo muy importante en un cuentista como Maupassant, tan amigo del diálogo: las diferentes hablas

13. *Un día de campo...*, cit., p. 12. La edición a la que se hace referencia es Guy de Maupassant, *Contes et nouvelles*, prefacio de Armand Lanoux, introducción de Louis Forestier, texto establecido y anotado por Louis Forestier, vols. I y II, Bibliothèque de La Pléiade, París, Gallimard, 1974, 1979.

14. Guy de Maupassant, *Contes et nouvelles*, ed. de Albert-Marie Schmidt, 2 vols., París, Albin Michel, 1956-1957.

15. Se refiere a Guy de Maupassant, *Obras completas*, vol. II, ordenación, traducción y prólogo de Luis Ruiz Contreras, Madrid, Aguilar, 1948, 1965.

de los personajes, según se trate de personas cultas, campesinos o extranjeros. La lengua maupassantiana, diferenciada en cada cuento en distintos niveles de habla, estaba ausente en dicha traducción. Espero haberla respetado en la mía, ofreciendo al lector nueva ocasión de goce con la prosa, tan peculiar, de nuestro autor»¹⁶.

16. *Mademoiselle Fifi...*, cit., pp. 13-14.

La casa Tellier*

1

Se iba allá todas las noches, a eso de las once, como al café, sencillamente.

Se reunían allí seis u ocho, siempre los mismos, no juerguistas, sino hombres honorables, comerciantes, jóvenes de la ciudad, y tomaban un chartreuse bromeando un poco con las chicas, o bien charlaban seriamente con *Madame*, a quien todo el mundo respetaba.

Después se marchaban a acostarse antes de medianoche. Los jóvenes se quedaban algunas veces.

La casa era familiar, muy pequeña, pintada de amarillo, en la rinconada de una calle detrás de la iglesia de San Esteban; y por las ventanas se divisaba la dársena, llena de navíos que descargaban; la gran salina, llamada

* *La Maison Tellier* (en *La Maison Tellier*, Havard, París, 1881).

«el Embalse», y detrás, la cuesta de la Virgen, con su vieja capilla gris.

Madame, oriunda de una buena familia campesina del departamento del Eure, había aceptado aquella profesión exactamente igual que si se hubiera hecho modista o costurera. El prejuicio del deshonor ligado con la prostitución, tan violento y vivaz en las ciudades, no existe en la campiña normanda. El campesino dice: «Es un buen oficio», y envía a su hija a regentar un harén de chicas como la enviaría a dirigir un pensionado de señoritas.

La casa, por lo demás, la habían recibido en herencia de un viejo tío que la poseía. *Monsieur y Madame*, antes posaderos cerca de Yvetot, habían liquidado inmediatamente el negocio, considerando el de Fécamp más ventajoso para ellos; y habían llegado una buena mañana para encargarse de la dirección de la empresa que periclitaba en ausencia de sus dueños.

Eran buenas personas que se hicieron querer en seguida por su personal y por los vecinos.

El hombre murió de una congestión dos años después. Su nueva profesión, al reducirlo a la molicie y la inmovilidad, le hizo engordar mucho, y la salud lo había ahogado.

Madame, desde su viudez, era deseada en vano por todos los parroquianos del establecimiento; pero se la suponía absolutamente formal, y ni sus propias pupilas habían logrado descubrir nada.

Era alta, metida en carnes, agraciada. Su tez, palidecida en la oscuridad de aquella mansión siempre cerrada, brillaba como bajo un barniz grasiento. Una rala corona de cabellos indómitos, postizos y rizados, rodeaba su frente y le daba un aspecto juvenil que contrastaba con

la madurez de sus formas. Invariablemente alegre y de rostro abierto, bromeaba de buen grado, con un matiz de comedimiento que sus nuevas ocupaciones no habían podido hacerle perder. Las palabrotas le seguían chocando un poco, y cuando un muchacho mal educado llamaba por su nombre al establecimiento que dirigía, se enfadaba, escandalizada. En fin, tenía un alma delicada, y aunque trataba a sus mujeres como amigas, repetía de buen grado que «no todas estaban cortadas por el mismo patrón».

A veces, entre semana, salía en un coche de punto con una fracción de su tropa; e iban a retozar sobre la hierba a orillas del riachuelo que corre en la hondonada de Valmont. Eran entonces como escapatorias de colegialas, con carreras locas, juegos infantiles, toda una alegría de reclusas embriagadas por el aire libre. Comían embutidos sobre el césped, bebían sidra, y regresaban al caer la noche con una fatiga deliciosa, un dulce enternecimiento; y en el coche besaban a *Madame* como a una bonísima madre, llena de mansedumbre y complacencia.

La casa tenía dos entradas. En la rinconada, una especie de café de mala nota se abría, por la noche, para la gente del pueblo y los marineros. Dos de las personas encargadas del especial comercio del lugar estaban destinadas en particular a las necesidades de esta parte de la clientela. Servían, con ayuda del camarero, llamado Frédéric, un rubito imberbe y fuerte como un toro, los cuartillos de vino y las cervezas sobre las mesas de mármol tambaleantes, y, con los brazos al cuello de los bebedores, sentadas de través sobre sus piernas, inducían a consumir.

Las otras tres damas (no eran sino cinco) constituían una especie de aristocracia, y estaban reservadas para la compañía del primero, a menos que se las necesitara abajo y que el primero estuviera vacío.

El salón de Júpiter, donde se reunían los burgueses del lugar, estaba tapizado de papel azul y adornado con un gran dibujo que representaba a Leda tendida bajo un cisne. Se llegaba a aquel sitio por una escalera de caracol que terminaba en una puerta estrecha, humilde en apariencia, que daba a la calle, y sobre la cual brillaba toda la noche, tras un enrejado, un farolillo como los que se encienden aún en ciertas ciudades a los pies de las vírgenes empotradas en los muros.

El edificio, húmedo y viejo, olía ligeramente a moho. A veces una ráfaga de agua de colonia pasaba por los corredores, o bien una puerta entreabierta abajo hacía estallar en toda la casa, como la explosión de un trueno, los gritos populacheros de los hombres sentados en la planta baja, provocando en los señores del primero una mueca inquieta y asqueada.

Madame, familiar con los clientes amigos, no abandonaba nunca el salón, y se interesaba por los rumores de la ciudad que le llegaban gracias a ellos. Su conversación sería contrastaba mucho con las charlas desordenadas de las tres mujeres; era como un descanso en el gracejo picarón de los barrigudos individuos que se entregaban cada noche al desenfreno honesto y mediocre de tomar una copa de licor en compañía de mujeres públicas.

Las tres damas del primero se llamaban Fernande, Raphaële y Rosa la Marraja.

Como el personal era reducido, habían tratado de que cada una de ellas fuese como una muestra, un compendio de un tipo femenino, con el fin de que cualquier consumidor pudiera encontrar allí, más o menos, la realización de su ideal.

Fernande representaba la «hermosa rubia», muy grande, casi obesa, fofa, una hija del campo cuyas pecas se negaban a desaparecer, y cuya cabellera de estopa, corta, clara y sin color, semejante a cañamo peinado, le cubría insuficientemente el cráneo.

Raphaële, una marsellesa, furcia de puertos de mar, hacía el papel indispensable de la «bella judía», flaca, con pómulos salientes embadurnados de rojo. Su pelo negro, abrigado con médula de buey, formaba caracoles sobre sus sienas. Sus ojos hubieran parecido bonitos de no estar el derecho marcado por una nube. Su nariz arqueada caía sobre una mandíbula acentuada, donde dos dientes nuevos, arriba, desentonaban al lado de los de abajo, que habían adquirido al envejecer un tinte oscuro como las maderas viejas.

Rosa la Marraja, una bolita de carne toda vientre, con piernas minúsculas, cantaba desde la mañana hasta la noche, con voz cascada, coplas alternativamente picarescas y sentimentales; contaba historias interminables e insignificantes, sólo dejaba de hablar para comer, y de comer para hablar; estaba siempre moviéndose, ágil como una ardilla, pese a sus grasas y a la exigüidad de sus piernas; y su risa, una cascada de gritos agudos, estallaba sin cesar, por aquí, por allá, en una habitación, en el desván, en el café, en todas partes, por cualquier motivo.

Las dos mujeres de la planta baja, Louise, apodada la Pájara, y Flora, llamada Balancín, porque cojeaba un poco, la una siempre de «Libertad», con un cinturón tri-color, la otra de española de fantasía, con cequíes de cobre que bailaban en su pelo zanahoria a cada uno de sus pasos desiguales, tenían pinta de cocineras vestidas para un carnaval. Semejantes a todas las mujeres del pueblo, ni más feas ni más guapas, auténticas criadas de mesón, se las designaba en el puerto con el mote de las dos Bombas.

Una paz celosa, aunque raramente turbada, reinaba entre estas cinco mujeres, gracias a la prudencia conciliadora de *Madame* y a su inagotable buen humor.

El establecimiento, único en la población, era frecuentado con asiduidad. *Madame* había sabido imprimirle un aire tan formal, se mostraba tan amable, tan atenta con todo el mundo, su buen corazón era tan conocido, que la rodeaba una especie de consideración. Los parroquianos se metían en gastos por ella, exultaban cuando ella les testimoniaba una amistad más marcada; y cuando se encontraban durante el día para sus asuntos, se decían: «Hasta esta noche, donde usted sabe», como quien dice: «En el café, ¿no?, después de cenar».

En fin, la casa Tellier era un recurso, y rara vez faltaba alguno a la cita cotidiana.

Ahora bien, una noche, a finales del mes de mayo, el primero en llegar, el señor Poulin, comerciante en maderas y ex alcalde, encontró la puerta cerrada. El farolillo, tras su enrejado, no brillaba; ni el menor ruido salía de la vivienda, que parecía muerta. Llamó, suavemente al principio, con más fuerza a continuación; nadie respondió.

Entonces subió por la calle a pasitos cortos, y cuando llegó a la plaza del Mercado, se encontró con el señor Duvert, el armador, que se dirigía al mismo lugar. Regresaron juntos, sin mayor éxito. Pero un gran estruendo estalló de pronto muy cerca de ellos, y dando la vuelta a la casa distinguieron un grupo de marineros ingleses y franceses que descargaban puñetazos en los postigos cerrados del café.

Los dos burgueses escaparon al punto para no verse comprometidos; pero un ligero «chist» los detuvo: era el señor Tournevau, el de las salazones, que, habiéndoles reconocido, les chistaba. Le comunicaron la cosa, con lo cual se quedó muy afectado, puesto que él, casado, padre de familia y muy vigilado, no iba allí más que los sábados; «*securitatis causa*», decía, aludiendo a una medida de policía sanitaria cuyas periódicas repeticiones le había revelado el doctor Borde, amigo suyo. Era cabalmente su noche e iba así a encontrarse privado toda la semana.

Los tres hombres dieron un largo rodeo hasta el muelle; encontraron por el camino al joven Philippe, hijo del banquero, otro parroquiano, y al señor Pimpesse, el recaudador. Todos juntos regresaron entonces por la calle «de los Judíos» para hacer una última tentativa. Pero los exasperados marineros tenían sitiada la casa, tiraban piedras, chillaban, y los cinco clientes del primer piso, desandando su camino lo más pronto posible, empezaron a vagar por las calles.

Encontraron aún al señor Dupuis, el agente de seguros, después al señor Vasse, juez del tribunal de comercio; y se inició un largo paseo que los condujo primero a

la escollera. Se sentaron en fila sobre el parapeto de granito y miraron cabrillar las ondas. La espuma, en la cresta de las olas, ponía en la sombra blancuras luminosas, apagadas casi al tiempo que surgidas, y el ruido monótono del mar rompiéndose contra las rocas se prolongaba en la noche a lo largo de todo el acantilado. Cuando los tristes paseantes hubieron permanecido allí algún tiempo, el señor Tourneveau declaró:

–Esto no es divertido.

–Claro que no –replicó el señor Pimpesse; y se marcharon a pasitos cortos.

Tras haber bordeado la calle que domina la costa, y que se llama Sous-le-bois, regresaron por el puente de planchas sobre el Embalse, pasaron cerca del ferrocarril y desembocaron de nuevo en la plaza del Mercado, donde se inició de repente una disputa entre el recaudador, Pimpesse, y el de las salazones, Tournevau, a propósito de una seta comestible que uno de ellos afirmaba haber encontrado en las cercanías.

Los ánimos estaban agriados por el aburrimiento, y quizá hubieran llegado a las manos de no interponerse los otros. El señor Pimpesse, furioso, se retiró; y al punto un nuevo altercado surgió entre el ex alcalde, Poulin, y el agente de seguros, Dupuis, sobre el sueldo del recaudador y los beneficios que éste podía procurarse. Llovían por ambas partes frases injuriosas, cuando se desencadenó una tempestad de gritos formidables, y la tropa de marineros, cansados de esperar en vano ante una casa cerrada, desembocó en la plaza. Iban del brazo, de dos en dos, formando una larga procesión, y vociferaban furiosamente. El grupo de burgueses se disimuló en un

portal, y la horda rugiente desapareció en dirección a la abadía. Largo rato se oyó aún el clamor decreciente, cual huracán que se aleja; y el silencio se restableció.

Poulin y Dupuis, indignados el uno con el otro, se marcharon cada cual por su lado, sin saludarse.

Los otros cuatro reanudaron la marcha y bajaron instintivamente hacia el establecimiento Tellier. Seguía cerrado, mudo, impenetrable. Un borracho, tranquilo y obstinado, daba golpecitos en el escaparate del café, después se detenía para llamar a media voz al camarero, Frédéric. Viendo que no le respondían, decidió sentarse en el escalón de la puerta y esperar acontecimientos.

Los burgueses iban ya a retirarse cuando la banda tumultuosa de los hombres del puerto reapareció por el extremo de la calle. Los marineros franceses berreaban la *Marsellesa*, los ingleses, el *Rule Britannia*. Se produjo un alud general contra los muros, después la marea de bestias prosiguió su curso hacia el muelle, donde se entabló una batalla entre los marinos de las dos naciones. De la riña, un inglés salió con un brazo roto y un francés con la nariz partida.

El borracho, que se había quedado ante la puerta, lloraba ahora como lloran los curdas o los niños contrariados.

Los burgueses se dispersaron por fin.

Poco a poco volvió la calma a la ciudad perturbada. De trecho en trecho, todavía a veces, se alzaba un ruido de voces, después se extinguía en lontananza.

Sólo un hombre seguía vagando: el señor Tournevau, el salazonero, desolado por tener que esperar al sábado siguiente; confiaba en no sé qué azar, sin entender nada,

exasperándose de que la policía dejara cerrar así un establecimiento de utilidad pública que vigila y tiene bajo su custodia.

Regresó allá, olfateando los muros, buscando la razón, y se dio cuenta de que en el sobradillo había un papel pegado. Encendió en seguida una cerilla y leyó estas palabras trazadas con una gran letra desigual: «Cerrado a causa de primera comunión».

Entonces se alejó, comprendiendo que se había acabado.

El borracho ahora dormía, tumbado cuan largo era, atravesado en la puerta inhospitalaria.

Y al día siguiente todos los parroquianos, uno tras otro, encontraron la manera de pasar por la calle con papeles bajo el brazo para despistar; y de una ojeada furtiva, cada cual leía el misterioso aviso: «Cerrado a causa de primera comunión».

2

Es que *Madame* tenía un hermano carpintero establecido en su pueblo natal, Virville, en el Eure. En la época en que *Madame* era aún posadera en Yvetot, había sacado de pila a la hija de ese hermano, a la que llamó Constance, Constance Rivet, pues ella era una Rivet por parte de padre. El carpintero, que sabía que su hermana estaba en buena posición, no la perdía de vista, aunque no se encontraran a menudo, retenidos ambos por sus ocupaciones y viviendo además lejos uno de otra. Pero como la chiquilla iba a cumplir doce años, y hacía ese año la pri-

mera comunión, aprovechó la oportunidad para un acercamiento, y escribió a su hermana que contaba con ella para la ceremonia. Como sus ancianos padres habían muerto, no podía negárselo a su ahijada; aceptó. Su hermano, que se llamaba Joseph, esperaba que a fuerza de atenciones llegaría tal vez a conseguir que hiciera testamento a favor de la cría, pues *Madame* no tenía hijos.

La profesión de su hermana no le inspiraba el menor escrúpulo, y, por otra parte, nadie en el pueblo sabía nada. Se decía solamente, al hablar de ella: «La señora Tellier es una burguesa de Fécamp», lo cual dejaba suponer que podía vivir de sus rentas. De Fécamp a Virville había por lo menos veinte leguas; y veinte leguas de tierra son más difíciles de salvar para los campesinos que el océano para un ser civilizado. La gente de Virville jamás había pasado de Ruán; nada atraía a la de Fécamp a un pueblecito de quinientos hogares, perdido en medio de las llanuras, y que formaba parte de otro departamento. En fin, no sabían nada.

Pero al acercarse la fecha de la comunión, *Madame* se encontró en un grave aprieto. No tenía encargada, y le inquietaba mucho dejar la casa, aunque fuera un día. Todas las rivalidades entre las damas de arriba y las de abajo estallarían infaliblemente; además, Frédéric se emborracharía sin duda, y cuando estaba achispado fastidiaba a la gente por un quítame allá esas pajas. Por fin se decidió a llevarse a todo su personal, salvo al camarero, a quien dio permiso hasta dos días después.

Consultado el hermano, no se opuso en lo más mínimo, y se encargó de alojar a la entera compañía por una noche. Así, pues, el sábado por la mañana el tren exprés